

Washington decía poco después en una carta que las tropas británicas no tuvieron más remedio que retroceder ante el pueblo de Massachusetts, y añadía en el último párrafo: «Si la retirada no se hubiera hecho tan aceleradamente, y Dios sabe que no pudo ser más precipitada, las tropas reales habrían tenido que rendirse, para no verse completamente destruidas.»

Los sucesos de Lexington acabaron de exasperar á las indignadas colonias, y de todas partes acudieron voluntarios, ansiosos de tomar venganza, que recorrieron el campo de la lucha. Como intentara lord Dunmore imitar la conducta del general Gage, levantóse en masa toda la Virginia. En Nueva-York, Filadelfia y toda la parte del Sud, el espíritu popular era el mismo que el de los ciudadanos de Massachusetts. Todos unánimemente convenían en que una vez desenvainado el acero, con él debía dirimirse la contienda.

«Es muy doloroso, decía Washington en una carta que escribió á Fairfax, hablándole sobre los acontecimientos de Lexington, pensar en la lucha fratricida que ha presenciado nuestro país, tanto más si se reflexiona que las tranquilas llanuras de América han de verse en lo sucesivo cubiertas de sangre ó habitadas por esclavos. ¡Triste alternativa! Pero ¿puede un hombre virtuoso vacilar en la cuestión?» Aquel grande hombre, dotado de una recta conciencia, poseído de un espíritu de justicia superior, animado del más ardiente amor á la patria, pero incapaz de dejarse arrastrar por la indigna parcialidad que rebaja el valor individual, había seguido con profunda atención todos cuantos sucesos hemos creído conveniente detallar á grandes rasgos para más exacta idea del estado en que se encontraban aquellas colonias y los abusos, arbitrariedades, injurias y vejámenes que precedieron á su rebelión, y no podía dejar de reconocer la santidad de su causa y la enorme injusticia de la usurpadora metrópoli. No debía, pues, vacilar en adoptar el partido que su conciencia, su criterio, su corazón, su honor le designaban como el más digno, más grande, más augusto. No se debía á sí, á sus particulares intereses, á su familia; debía á la gran familia americana, á su país, al destino que le tenía designado para representar tan glorioso papel, para realizar la grande obra que había de inmortalizarle. Tal vez, en medio de su modestia y de su decidido amor al retiro, sentía en su corazón el noble latido que le anunciaba

los prodigiosos hechos que estaba llamado á cumplir; tal vez ardía en su cerebro la luminosa idea de su futura gloria; tal vez sentía el presentimiento de que era el único capaz de labrar la felicidad de su patria. Los grandes genios se revelan á sí mismos por misteriosa intuición.

El Congreso de Massachusetts puso sin dilación en conocimiento de Inglaterra que la agresión había partido de las tropas británicas, exponiendo al monarca «que apelaban al cielo para la justicia de su causa, y que estaban resueltos á morir ó ser libres.» Inmediatamente el pueblo se apoderó de los fuertes, arsenales y almacenes, reuniéronse fuerzas, y se hizo una emisión de papel. Un cuerpo de veinte mil hombres sitió la ciudad de Boston, y Ward fué nombrado capitán general de las milicias procedentes de las vecinas colonias, que se hallaban resueltas á defender á Massachusetts.

Hombres atrevidos, como Alen y Arnold, forjaron el plan de apoderarse de Ticonderoga y Crown Point, como lo consiguieron por sorpresa, con lo cual se hicieron dueños de doscientas piezas de artillería y una gran cantidad de pólvora. Con esto se posesionaron de los lagos Jorge y Champlain, y quedó expedito el camino del Canadá.

El 10 de mayo reunióse en Filadelfia el segundo Congreso continental. La situación era mucho más difícil y comprometida: en el primer Congreso sólo era la guerra una probabilidad, y no viéndose tan cercano el peligro y las vicisitudes á que había de dar origen, había de ser tanto mayor el entusiasmo cuanto menor fuera el miedo y más lejana apareciera la desagradable perspectiva de los compromisos que tuvieran necesidad de contraer; pero en aquel segundo Congreso la guerra era un hecho, y una vez comenzada, hacía preciso continuarla con vigor, exigiendo obligaciones y sacrificios, que tal vez no todos se hallaran dispuestos á soportar. Podíase esperar que algunos se enfriaran ante tal aspecto; que otros se mantuvieran quietos en la esperanza de que la Inglaterra accediese por fin á sus peticiones; quiénes quisieran permanecer fieles á la monarquía y se declararan partidarios de la causa del rey; quiénes, pasado el primer impulso, recordaran la vida tranquila y las apacibles horas de otros mejores días y depusieran su odio á la tiranía para implorar la clemencia del que abusando de su poderío creíase con derecho á erigirse en su señor, y quiénes se mantuvieran en el retraimiento, desconfiando de la aptitud y nece-

sarias condiciones para la guerra, de un pueblo esencialmente comercial y agricultor. Difícil tarea era, pues, la de aquel Congreso si había de tomar las convenientes medidas para mantener el celo y la energía populares, y esforzarse á fin de que sus procedimientos ejercieran la misma influencia que ántes en la pública opinión. El estado en que se encontraban las cosas exigía que con la mayor urgencia se estableciese una buena disciplina, se buscara dinero, se proveyeran de armas y pertrechos de guerra, se atendiese sobre todo al socorro de los que lo necesitaran, y se pusieran en inteligencia con las tribus indias, á fin de evitar que los ingleses les indujeran á tomar parte en la guerra en favor suyo, por medio de ofertas más ventajosas. Con tal motivo, el Congreso resolvió hacer uso de toda su autoridad, y al efecto acordó unánimemente que se reuniesen fuerzas sin tardanza, se construyeran fuertes en varios puntos, se acopiaran armas y demás pertrechos, y para atender á todos cuantos gastos se ocasionaran, votóse una emisión de papel moneda con la inscripción de LAS COLONIAS UNIDAS.

La Junta de Massachusetts pidió al Congreso que se encargara de las fuerzas situadas delante de Boston, y en su consecuencia, acordóse que se organizaran diez compañías de tiradores de Pensilvania, Maryland y Virginia, y se pagaran de los fondos públicos.

Igualmente se dispuso que se procediera á la formación de comités encargados de proponer los medios más convenientes para la defensa del país, y tal confianza se tenía en los conocimientos, pericia y demás aptitudes de Washington, que se le nombró presidente de todas estas especiales comisiones. Nuestro héroe aceptó gustoso el arduo y comprometido cargo, por más que aún fueran sus mayores deseos que se arreglara amistosamente la desagradable excisión con la metrópoli, convencido del todo de que ya era inevitable la lucha.

El pueblo de Nueva-York reunióse á fines de abril en junta, y nombró delegados para que le representasen en el Congreso, al cual consultó poco después acerca de la conducta que había de observar con las tropas que se esperaban de Inglaterra. El Congreso contestó que se vigilara y se procediese con la mayor actividad, rechazando, si fuese necesario, la fuerza con la fuerza.

En tales circunstancias el problema más difícil y delicado que había de resolverse era el nombramiento de un jefe para el ejército conti-

ental. Varios podían con justo motivo aspirar á tan distinguido honor, y por lo mismo no faltaron envidias y ambiciones difíciles de satisfacer; pero además de las indispensables condiciones, era de suma importancia que el elegido fuera aceptable para todas las colonias, lo cual hacía mucho más dificultosa la solución. El asunto se debatió entre los individuos del Congreso con el más vivo interés; y si bien desde el primer momento pareció á todos que la persona indicada era Washington, como había otros más antiguos en la carrera militar, ocurrió la duda de si sería bien recibido el nombramiento. Por otra parte la importancia de Virginia en aquellas circunstancias y la necesidad de hacer todo lo posible para conservar el ardiente patriotismo de aquella aristocracia, exigía en cierto modo que se nombrase un jefe de aquella colonia, por todo lo cual el 15 de junio Johnson, de Maryland, propuso á Washington, y quedó elegido por unanimidad.

Curtis nos dice en una interesante nota, «que sin duda alguna Washington fué elegido general en jefe por su indisputable mérito, y no por un compromiso de otra especie.» Y la mayor parte, si no todos los historiadores, convienen en que era el más competente para el desempeño de su cometido, lo cual añaden que no se ha de extrañar si se atiende á que toda su carrera fué la más á propósito para ocupar tal puesto, y que debe creerse que Dios favoreció la causa de aquel país enviando á los americanos un hombre como aquel para conducir el ejército y obtener un éxito feliz.

Al día siguiente Washington dió gracias á la Cámara por el señalado honor que se le acababa de dispensar, y, después de expresar con su acostumbrada modestia que no se consideraba suficientemente apto para desempeñar el cargo que se le confiaba, terminó manifestando que desde luego renunciaba á sus honorarios y respectivo sueldo. «Como el deseo de aumentar mis bienes, — dijo, — hubiera podido inducirme á aceptar este importante cargo, áun á costa de mi felicidad doméstica, no deseo aprovecharme de mi sueldo, y lo único que haré será formar una cuenta exacta de los gastos que ocurran, los cuales no dudo me abonará el Congreso. Esto es todo cuanto deseo.»

El 20 de junio recibió su nombramiento, que fué redactado en los siguientes términos: «Depositando toda nuestra confianza en vuestro patriotismo, valor, conducta y fidelidad, hemos tenido á bien nombraros por el presente gene-

ral en jefe del ejército de las Colonias Unidas y de todas las fuerzas reunidas ó que se reunan, así como tambien de los voluntarios que ofrecen sus servicios en defensa de la libertad americana. Por lo tanto quedais revestido de los suficientes poderes y autoridad para obrar como os pareciese más oportuno, en bien del país, y en su consecuencia mandamos á todos los ofi-

ciales y soldados que se hallen bajo vuestras órdenes que sean obedientes y activos en el cumplimiento de sus deberes. Asimismo os encargamos seais cuidadoso en el desempeño de vuestras funciones, que establezcáis una rigurosa disciplina en el ejército, y que los soldados se ejerciten constantemente. Por lo demás, regulareis vuestra conducta en todos los



John Hancock

casos con arreglo á la disciplina militar, cumpliendo puntualmente las órdenes que de vez en cuando recibireis de este Congreso, ó de otro cualquiera de las Colonias Unidas. Este nombramiento es válido hasta que sea revocado por uno de aquellos cuerpos.—Firmado, Hancock, Presidente.»

Los individuos del Congreso se comprometieron unánimemente á prestarle toda clase de auxilios, ofreciéndole sus vidas y fortunas en favor de la causa de la libertad. Despues nombráronse cuatro mayores generales, que fueron Artemas Ward, Israel Putnam, Felipe Schuyler y Carlos Lee, y ocho brigadieres: Seth Pomeroy, Ricardo Montgomery, David Wooster, Guillermo Heath, José Spencer, Juan Thomas,

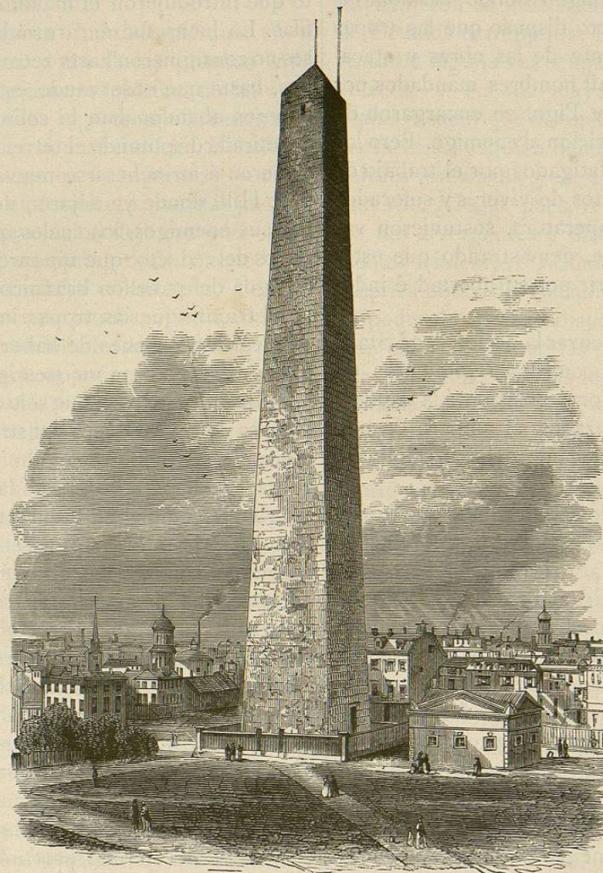
Juan Sullivan y Nathaniel Greene, agregándose á estos, por recomendacion de Washington, Horacio Gates en clase de ayudante general, con el grado de brigadier. Siendo Gates y Lee extranjeros, nunca les hubiera conferido el Congreso aquellos elevados cargos, á no ser por la recomendacion de nuestro héroe, quien por desgracia tuvo despues motivo de arrepentirse, porque aquellos dos individuos fueron para él causa de grandes disgustos.

Ansioso de tomar cuanto ántes posesion de su cargo, Washington salió de Filadelfia el 21 de junio en direccion á Cambridge donde estaba el cuartel general. Durante su tránsito recibió los más cordiales testimonios de confianza, y merece citarse el discurso que al llegar á Nue-

va-York dirigióle Livingston, presidente del Congreso, por la significativa alusion que en su última parte encierra. «Confiando en vos, señor,—le dijo,—y en los dignos generales que están á vuestras órdenes, abrigamos la fundada esperanza de que se obtenga un éxito feliz en la gloriosa lucha por la libertad de América. Tambien creemos que cuando haya terminado

la contienda podrá hacerse un arreglo con nuestra madre patria, y que entónces os apresuréis á resignar el importante mando que os han confiado, volviendo á ser otra vez nuestro digno ciudadano.»

El 2 de julio llegó al cuartel general, siendo recibido por el ejército con el mayor entusiasmo como era de esperar.



Monumento erigido en memoria de la batalla de Bunker's Hill

Poco ántes el general Gage recibió considerables refuerzos, y el 12 de junio publicó la ley marcial en toda la provincia, ofreciendo perdonar á todos los que depusieran las armas. Los colonos formaban ya un contingente de diez y seis mil hombres, y creyeron necesario poner en práctica alguna decisiva resolucion. Noticiosos de que Gage se disponia á tomar la ofensiva, enviése al coronel Prescott con mil hombres y dos piezas de artillería, para que cortase las comunicaciones y se posesionara de una eminencia situada al extremo norte de Charlestown, conocida con el nombre de Bun-

ker's Hill. Mas por un error involuntario los expedicionarios dejaron atrás á Bunker's Hill, y empezaron las operaciones en Breed's Hill, punto que se halla al sud de la península, dominando la ciudad de Boston. Llegados allí, comenzaron los trabajos á favor de la oscuridad de la noche, bajo las órdenes del ingeniero, coronel Gridley, con tal actividad, que al rayar el alba habíase levantado un fuerte reducto en la cima de la colina, donde acabaron de construir una trinchera.

El general inglés quedó asombrado al ver á los colonos posesionados de aquel punto, y acto